

—Y con eso, Monseñor, dará V. A. una prueba más de amor á la Francia, colocando más alto aun si cabe el prestigio de su nombre.

Joaquin Murat pagó á Belliard su adulacion con una sonrisa protectora.

El rival de Velarde prosiguió:

—V. A. debe tener la satisfaccion de haberse deshecho de uno de los más encarnizados enemigos de S. M. I.

—¿De quién hablais, general?

—Del capitán de artillería D. Pedro Velarde.

—¿Pues qué?...

—Ha sucumbido en la accion.

—¿Lo sabeis de cierto?

—Un oficial de la guardia polaca fué quien le ha muerto de un tiro, Monseñor.

El duque de Berg se quedó pensativo.

—Es una fortuna para la Francia,—dijo al fin;—pero es tambien una pérdida dolorosa para España, pérdida que aun no sabrán apreciar bien hoy los madrileños. A la verdad, casi lo siento: ¡era un bravo y entendido militar, á quien apreciaba por sus dotes no comunes, de talento, de valor y de hidalguía!

Belliard no se extrañó de esta oracion fúnebre, pronunciada por el mismo duque de Berg y de Cleves, en loor del inmortal artillero.

En aquel momento entró un oficial de órdenes.

—Para V. A., gran duque, dijo á Murat.

Y le entregó un pliego cerrado y sellado.

Belliard se apartó á alguna distancia.

El ayudante parecia esperar las órdenes de Murat.

—¿De quién es?—preguntó este.

—Del general Sesti,—respondió el oficial.

—Esperad ahí fuera...

Pero el oficial de órdenes interrumpió al generalísimo:

—Señor,—dijo,—una dama aguarda ahí fuera, y solicita la vènia de hablar á V. A.

—¿Quién es?—preguntó Murat.

—No ha dicho su nombre.

El duque de Berg hizo un gesto de impaciencia, y dijo:

—¿Alguna súplica tal vez en favor de un prisionero?...

—Nada puedo informar á V. A. sobre este punto.

—Pues bien,—interrumpió Murat,—decirle que espere.

El oficial de órdenes salió.

Luego, abriendo el pliego que acababan de entregarle momentos antes, leyó lo que sigue:

«Gran duque: mi posicion respecto de los prisioneros que me han sido confiados, se hace á cada instante más embarazosa. Las autoridades, por una parte, y las personas que aquí tienen parientes ó deudos, no cesan de venir á molestarne con exigencias.

»Yo he podido evadirme, bien escudándome con una prudente incomunicacion, ó bien asegurando últimamente haber entregado á V. A. todos los prisioneros.

»Para el mejor servicio de S. M. el Emperador y el de V. A. I., creo de mi deber indicar á V. A. que convendria que por las tropas imperiales se ejerciese la custodia de dichos prisioneros, para los fines que más convengan.

»V. A. conoce ya por la lista que he tenido el honor de incluirle, el número y los nombres de los sugetos aquí detenidos.

»Conviene resolver en esto con la brevedad posible, pues las autoridades españolas parecen dispuestas á ocupar á V. A. con peticiones sobre la materia.

»De V. A. I. y R. muy humilde servidor, etc.»

Esta carta estaba firmada por el general italiano.

Joaquin Murat arrojó el escrito sobre su mesa.

—¡Es inútil!—exclamó.

Y luego, dirigiéndose á Belliard:

—General Belliard, —añadió, —voy á dictaros.

Belliard ocupó el sitio que le estaba destinado en la lujosa mesa de despacho del duque de Berg.

Puso delante de sí el papel, tomó una pluma, y esperó á que el generalísimo le dictase.

Este meditó algunos momentos.

Por fin dictó.

Y Belliard escribió lo siguiente:

«Al Presidente del Consejo Real.

»En vista de los desagradables sucesos que hoy hemos presenciado, y han costado la generosa sangre de muchos soldados de mi ejército, y á fin de que este goce de las seguridades que han venido á hacer difíciles los desmanes de un puñado de hombres de la plebe, ciegos agentes de la Inglaterra y enemigos de la alianza que une á las dos naciones, me creo en el caso de exigir al Consejo Real haga público, á la mayor brevedad, el adjunto bando, cuyo borrador le incluyo.»

Murat, escritos estos singulares renglones, se aproximó á Belliard, quien colocó el papel á la vista del duque de Berg, poniendo una pluma en su mano.

El general Murat, sin sentarse, firmó.

Luego dijo á Belliard:

—Tomad otro papel, general.

Belliard se apresuró á obedecer al gran duque, y se dispuso igualmente á escribir.

Murat dictó.

Era el siguiente BANDO, que debia publicar de órden del extranjero el Consejo Real.

Decia así:

«Aunque por las providencias tomadas se logró contener el alboroto del pueblo en la mañana de este dia, y se ha visto ya desde la tarde el sosiego público, conviene tomar otras precauciones que aseguren el que no se repitan funestos excesos. Y con este objeto se hace saber á todos los habitantes de Madrid, que por ningun título ni pretexto se reunan en las calles y plazas; en el concepto de que si advertidas por cualquier alcalde de córte ó de barrio, ó cabeza de ronda, ó jefe militar con patrullas, de cualquier graduacion que sea, no se dispersaren inmediatamente, se les tratará como violadores de la pública tranquilidad, é impondrán las penas correspondientes hasta la de muerte.

»Que los alcaldes de córte recogerán en el dia de mañana, en sus respectivos cuarteles, todas las armas cortas blancas (en las cuales es bien sabido que se comprenden los puñales) (1) y de fuego, para colocarlas en la pieza que á este fin se destine en las Casas Capitulares.

»Que las escopetas y armas largas permitidas por la pragmática solo para la defensa propia, y evitar los asaltos de ladrones en las habitaciones ó en los caminos, se forme lista por los mismos alcaldes de cuartel, haciendo saber á

(1) Los franceses debieron temer muy presente aquel dia el certero uso que muchos hijos del pueblo, menospreciando y burlando las bayonetas, hicieron de aquella arma terrible.

sus dueños que no las empleen en otros usos, bajo las más severas penas.

»Que si despues de la publicacion de este bando se encontrase alguno usando dichas armas, cortas, blancas ó de fuego, se le impondrá, no solo la pena de pragmática, sino tambien se agregarán hasta la del último suplicio.

»El Consejo espera de la ilustracion y obediencia de los vecinos honrados de Madrid, que procurarán impedir todo desórden, cuidando se conserve la mejor buena armonía con la tropa francesa, para no exponerse á las fatales resultas que ya se habian empezado á experimentar. Madrid 2 de Mayo de 1808.»

El general Belliard colocó bajo un sobre estos dos documentos.

Poco despues, un oficial de estado mayor se dirigia rápido al local que ocupaba el Consejo Real.

Los deseos de Murat quedaron cumplidos.

Aquella misma tarde, una hora despues, el pueblo de Madrid tenia una prueba más del horrible desamparo en que se encontraba, entregado enteramente á discrecion y al arbitrio del fementido caudillo francés.

En el idioma castellano solo tiene una calificacion semejante inicuo proceder.

Pero nosotros nos contentamos con calificarlo simplemente de cobarde complicidad.

Nuestros lectores dirán si vamos descaminados.

Sentimos hablar de estas cosas, pero es un deber.

La historia es inflexible, y es inútil que nuestra natural repugnancia quiera obligarnos á echar tierra, vulgarmente hablando, sobre las negras manchas de que entonces se cubrieron algunos españoles degenerados, muy pocos, por fortuna.

al Pero volvamos al asunto.

Murat, que parecia estar de vena aquella tarde, mandó al general jefe de su estado mayor que escribiese otra carta.

Era para el general Sesti.

Felicitábale en ella por su prevision.

Murat tenia siempre muy á la mano los elogios que tan pródigamente sabia conceder á los traidores.

Además, asegurábale, con bárbara complacencia y epigramática saña, que pronto le libraría de tan enojoso cuidado.

Belliard volvió á escribir aun algunas órdenes más.

Pocos momentos despues, casi todos los generales y jefes á sus órdenes montaron á caballo y corrian en direcciones opuestas.

Bien podemos asegurar que cuanto conducian eran otros tantos motivos más de dolor para el afligido pueblo.

Belliard se quedó solo con el duque de Berg.

Este mandó que se hiciese entrar á la mujer que durante un cuarto de hora estaba esperando aquella ocasion.

Eugenia entró al fin.

Estaba pálida, terriblemente pálida.

Murat hizo un gesto de sorpresa.

Belliard se mostró igualmente sorprendido.

Este último habia comprendido la causa de la presencia en aquel sitio, y en tal sazon, de la hija de Montenegro, y de su mortal palidez y agitacion.

Maquinalmente alargó su mano á un papel que habia sobre la mesa del general Murat.

Era una copia de la lista que de los prisioneros confiados á su custodia tenia el general Sesti.

Murat, volviendo rápido de su sorpresa, preguntó á Eugenia con servicial galantería:

—¿Por qué no ha dado Vd. su nombre, señora? No la hubiera hecho esperar á Vd. tanto.

—¡Ah!—respondió Eugenia,—creed, gran duque, que harto me ha hecho sufrir el esperar tanto tiempo.

—¿Pues qué os pása, amiga mia?... El baron...

—El baron no existe ya.

—¡Ha muerto!

—Sí, gran duque.

Joaquin Murat pareció que se afectaba por esta noticia, y ya iba tal vez á dar á Eugenia el pésame; pero esta le interrumpió vivamente:

—Pero no se trata ahora de eso, que ya no tiene remedio, y de lo cual, por circunstancias bastante graves, no me es dado ya ocuparme como lo hubiera hecho en otra ocasión,—dijo.

—¿Qué os pasa, pues?

—Una desgracia que pesa sobre mi cabeza, y que aun es tiempo de conjurar, gran duque.

—Decid, señora.

—La vida de mi padre está en peligro.

—¡Eugenia!

—Se halla detenido entre los prisioneros de la casa de Correos, y mi casa en el estado más terrible de desolacion.

—¿Pues cómo?

—No podré decir á V. A. cuáles sean ó puedan ser los motivos que le hayan conducido á situacion semejante...

—Le habrán sorprendido con armas...

—Si he de ser franca, como lo he sido siempre con V. A., debo confesar que temo eso mismo; pero mi padre, gran duque, es un anciano, y ¡Dios bien lo sabe! poco ó ningun daño ha podido hacer mezclándose en el terrible motin que acaba de terminar.

—¿Y qué deseais de mí, señora?—preguntó Murat.

Eugenia dejó entrever una amarga sonrisa, y dando un paso más hácia el general, dijo con triste acento:

—Creo, gran duque, no habrá olvidado aun V. A. la adhesion que he demostrado siempre á su persona y á la Francia.

—No, señora, no; difícilmente olvido yo á los que son mis verdaderos amigos.

—Pues bien,—continuó Eugenia,—esa adhesion, esa amistad, ha llegado á ocasionarme terribles conflictos.

—Señora... Si teneis enemigos, yo...

—Gracias, gran duque, gracias: agradezco á V. A. la proteccion con que va á brindarme, y no dudo de ella; pero por lo mismo, y pues no se trata de eso...

—¿Qué quereis, pues?

—Que V. A. me conceda la libertad de mi padre.

—Nada más en armonía con mis deseos, amiga mia; sentaos, y esperad un momento.

Y Murat, dando treguas momentáneamente al profundo rencor de que estaba poseido, condujo á la hija de Montenegro hasta un sillón, quizás obrando sinceramente por la primera vez en su vida.

Luego hizo que Belliard extendiese una órden al general Sesti, mandándole que sin dilacion ni condicion alguna pusiese en libertad á su amigo D. Pablo de Montenegro, y que si preciso era, lo mandase con toda seguridad acompañado hasta su casa.

Firmada esta órden, se la entregó á Eugenia.

—¡Oh! gracias, gracias, gran duque,—exclamó esta con lágrimas de alegría en sus ojos;—esta última prueba de vuestra generosidad, la llevaré grabada en mi corazón mientras viva.

Y arrastrada, loca, dominada por una exaltación noble, por el objeto que la dictaba, tomó una mano á Murat, la cual besó con gratitud y bañó en sus lágrimas.

¡Cosa bien singular!

El fementido Murat pareció tambien conmoverse, y dijo á su general de estado mayor:

—Mr. Belliard, vais á acompañar á la señora.

Y al mismo tiempo le dió algunas instrucciones verbales, que debia comunicar al general Sesti.

Aquellas instrucciones, ¡triste contraste! estaban en contradiccion con la sensibilidad de que acababa de dar tan rápida muestra á la hija de Montenegro.

Esta salió por fin acompañada por Belliard.

En la antecámara se encontró al oficial francés, que tan generosamente la habia conducido hasta allí.

—Por fin, señora...—balbuceó.

—¡Llevo la libertad de mi anciano padre!—respondió Eugenia con alegría.

Belliard acompañó á Eugenia á la casa de Correos, y en el camino manifestó á la hija de Montenegro que difícilmente se las apostaría con ella á correr.

Con efecto, parecia que sus piés tenían alas.

Tales eran su ansiedad y su temor de llegar tarde.

Por fin entraron en la casa de Correos.

Eugenia sintió una emocion terrible.

No era para ménos lo que acababa de ver.

Escoltados por un piquete de soldados franceses, salian en aquel momento unos ocho ó diez prisioneros, en cuyos rostros se veia una fúnebre expresion.

Tal vez caminaban á la muerte.

Pero pasado el primer impulso, la madre de María pudo tranquilizarse algun tanto.

Entre aquellos desventurados madrileños, no distinguió su mirada escudriñadora el rostro de su padre.

Sin embargo, una terrible duda le asaltó.

Podían haberse llevado antes al anciano.

Algunos instantes despues, ella y Belliard conversaban con el general Sesti.

D. Pablo de Montenegro se hallaba todavía en su prison.

Entre aquellos desventurados madrileños, no distinguí en mirada escudriñadora el rostro de su padre. Sin embargo, una terrible duda le asaltó. Podían haberse llevado antes al exilio. Algunos instantes después, ella y Rolland conversaron con el general Bessé.

D. Pablo de No. CAPITULO XLIV.

La prision.

Dentro de una extensa habitacion de la casa de Correos, habia como unos treinta españoles, pertenecientes á diversas clases del pueblo.

Salvas muy pequeñas excepciones, casi todos, contra la inquietud que debia inspirarles su crítica situacion, aparecian, más que resignados, tranquilos.

Momentos antes habian sido extraidos de allí algunos compañeros, cuya suerte, por las precauciones que se habian tomado en el terrible acto de designarles por sus nombres para salir, no debia ofrecer grandes esperanzas.

Las revelaciones hechas por algunos compañeros encerrados allí con posterioridad, habian alejado de aquellos corazones toda confianza en la generosidad del rencoroso y aleve enemigo.

Sabian muy bien que este no perdonaba.

Colocados bajo la custodia de un general llamado espa-

ñol, pero que no lo era afortunadamente, habian concebido en un principio cierta idea de seguridad y aun de perdon.

Pero desde que, como decimos, entraron allí los nuevos prisioneros, y dieron cuenta de los impíos fusilamientos que los hijos de la capital habian presenciado con indecible terror, pocos ó ningunos se hicieron ya ilusiones.

Sus presentimientos tuvieron despues una terrible confirmacion.

Los infortunados compañeros que se les habian separado, salieron, Dios sabia adónde, rodeados de una escolta de soldados franceses, que los conducian con mil precauciones.

Además, los habian atado en parejas con fuertes cordeles.

No habia, pues, lugar á duda.

Iban al suplicio.

Eran los mismos que Eugenia habia visto salir precisamente en el momento de atravesar ella la puerta de aquel edificio, en compañía del general Belliard.

Volviendo á los que aun ignoraban la mayor ó menor proximidad de su fin, el aspecto que todos ofrecian en el momento de presentarlos á nuestros lectores, deberia llenarnos de orgullo inmenso y justo, si no nos conmoviera tristemente ver á hombres tan valerosos y tan avaros del honor de su patria, expuestos á ser resignadas víctimas de la mezquina venganza del maldecido extranjero, cuyo nombre es oprobio hasta de los más ruines y malvados que registra la historia.

Aquellos treinta hijos de San Fernando, aquellos nobles defensores de la libertad española, ofrecian un aspecto tal de sublimidad, aparecian tan serenos é indiferentes á su suerte, que más que prisioneros próximos á traspasar

los umbrales de la eternidad, tomáraseles por una reunion de buenos amigos que estuviesen allí tratando de asuntos los más sencillos y naturales.

Esto en cuanto á la expresion de sus rostros y firme conviccion con que hablaban de las probabilidades de una cercana desgracia, de la desgracia de ser fusilados.

Hemos dicho ya que los treinta hombres que componian aquel grupo pertenecian á distintas clases de la sociedad.

Hombres de la clase media, honrados hijos del pueblo, comerciantes y trabajadores...

Pero si la clase, oficio y condiciones diversas les separaban, la unidad de sentimientos, con bien raras excepciones, no podia ser más grande, más completa.

En el momento en que los presentamos á nuestros lectores, casi todos formaban un estrecho grupo en el centro de la estancia que el general Sesti les habia destinado.

Solamente un infeliz, hombre de alguna edad, lloraba amargamente retirado en un rincon.

Era un pobre jornalero, padre de una numerosa familia, que sin motivo alguno, arbitrariamente, habia sido detenido por los soldados de Napoleon y llevado á aquel depósito, á aquella especie de *capilla*.

Sus compañeros habian pretendido consolarle, animarle repetidas veces con esperanzas que ellos mismos no abrigaban, ó con su ejemplo.

Pero todo habia sido en vano.

El infeliz no podia creer sino en la muerte, ni mucho ménos resignarse á esta.

Protestaba á cada paso de su inocencia.

El no habia tomado parte alguna en el reciente motin.

—De otro modo,—decia muy bien el infeliz,—aceptaria

de buen grado y con firmeza la responsabilidad que me cupiese.

Además, no á todos ha concedido el Ser Supremo ese valor del heroismo, que es, digámoslo así, el aliento, la vida de los hombres superiores.

El infeliz lloraba, y lloraba más amargamente aun por la idea de la horfandad en que tal vez iba á dejar á sus hijos.

En el centro del grupo indicado, un hombre, un anciano respetable, dirigia la palabra á sus compañeros de infortunio, cautivando poderosamente la atencion de todos.

Su rostro venerable no denotaba alteracion alguna.

Su frente, coronada por blancos cabellos, aparecia serena.

Tambien su voz era firme, segura.

Y su acento poderoso, exhortando á los demás, estaba adornado de un timbre tal de solemnidad, que las simpatías y el entusiasmo general era segura muestra del predominio que ejercia sobre los corazones y sobre las voluntades del auditorio.

Nuestros lectores conocen ya á este anciano.

Era D. Pablo de Montenegro.

Cerca de él, un jóven del pueblo, absorbiendo con visible entusiasmo las menores frases, los gestos más imperceptibles, daba de cuando en cuando sus señales de aprobacion y replicaba á su compañero.

Este jóven, considerado en su especial actitud por un ojo observador, hubiera llamado la atencion vivamente.

A cada frase enérgica que brotaba de los labios de Montenegro, sus ojos adquirian un brillo singular.

Era el brillo propio de la exaltacion.

Y era su exaltacion aquella misma con que los antiguos mártires del Cristianismo se lanzaban en la arena de los circos, recibiendo con la sonrisa en los lábios una gloriosa muerte, llevando en el corazon la vida de su ardiente fé, la fé de su causa divina, la causa de la humanidad, de la civilizacion, de la justicia.

De este modo podria explicarse solamente la expresion ardiente, entusiasta de aquel valeroso jóven.

Nuestros lectores le conocen ya.

Era Epifanio.

Al huir del Parque, y cuando más próximo se hallaba ya á su casa, fué detenido por una patrulla.

No llevaba armas; pero su aspecto, el desórden de su ropa, la venda que ostentaba sobre su frente herida, infundieron profundas sospechas al enemigo.

El jóven se dejó conducir á la casa de Correos, sin oposicion ni resistencia alguna, que por otra parte consideraba inútil contra veinte soldados bien armados y prevenidos; extrañando únicamente que en el momento mismo de su captura, no le hubiesen fusilado sin otro preámbulo, interrogatorio, ni preparativos.

Pero escuchemos al anciano Montenegro.

—Seguros del fin que nos aguarda,—decia,—conviene que nuestros enemigos no nos vean desmayar. Que los nombres de Dios y pátria sean las últimas palabras que pronuncien nuestros lábios: llevémosles tambien dentro del corazon, que con estas dos reliquias preciosas, la muerte será más leve que una arista arrastrada por el viento. Amigos y compañeros míos: si algun sentimiento pudiera cabernos aun, despues de la gloria que nos espera, ese sentimiento será el de no poder, en el instante de nuestro sacrificio, morir arrancando cada uno de nosotros el cora-

zon á media docena de esos enemigos de nuestra desventurada España...

Un murmullo de aprobacion interrumpió al anciano, y Epifanio hizo crugir sus dientes de corage.

Montenegro prosiguió:

—Sí, amigos míos: ese puede ser nuestro único sentimiento y el del abandono en que dejamos á nuestras familias; pero, ¿qué importa? Si hoy verterán lágrimas por nosotros, mañana recordarán con orgullo nuestros nombres. Hé aquí la mejor herencia que podeis legar á vuestros hijos, á vuestros padres, á vuestras mujeres, á vuestros hermanos.

Al llegar aquí Epifanio interrumpió al orador.

—El caso es,—dijo,—que yo no me encuentro en la disposicion que Vd. dice, caballero.

—No comprendo á Vd.,—dijo Montenegro.

—Es cosa sencilla,—repuso el jóven,—Vd. dice que nuestros padres, hermanos y demás recibirán por herencia la gloria de nuestro nombre...

—Eso dije, amigo mio.

—Pues ahí verá Vd...

—¿Qué?

—Que yo no puedo hacer ese favor á padres ni á hermanos.

—¿Por qué?

—Porque no los tengo.

Todos los prisioneros se rieron de la contestacion, que con la mayor ingenuidad acababa de dar Epifanio.

Este añadió con calma imperturbable, aunque demostrando cierta pesadumbre:

—¡Y si aun siquiera me hubiese casado con mi Paquillal!... ¡pobre muchacha! ¡ni aun este consuelo la que-



darál... ¡Nos queríamos tanto! Como que estábamos reuniendo el dinero para casarnos... Pero, ¿qué se le ha de hacer? Dios no lo ha querido... ¡Y cuánto vá á llorar la pobrecilla!... Pero, prosiga Vd., caballero, prosiga usted; pues parece que con sus palabras, tan razonables y bien dichas, le vienen á uno ganas de morir cuanto antes, escupiendo á la cara de nuestros enemigos... ¿No es cierto, señores?

Un aplauso general respondió á estas últimas palabras de Epifanio.

Montenegro se sonrió, satisfecho de lo animoso é ingenuo que era aquel valiente hijo del pueblo, que, con la venda que cubria su cabeza y revelaba que su valor habia sufrido ya su primer bautismo de sangre, parecia el tipo del héroe.

Ya se disponia á continuar el buen anciano, cuando un incidente, notable en aquella ocasion, vino á interrumpirle súbitamente.

Todos volvieron los ojos hácia una misma direccion.

La puerta de aquella prision provisional acababa de abrirse en aquel momento.

Acaso los enemigos venian á buscar nuevas víctimas para conducir las al horrendo suplicio.

Un silencio sepulcral sucedió á los anteriores murmullos y á las patrióticas exhortaciones, que ya el anciano reanudaba con gran contento del auditorio.

Un jefe del ejército francés apareció en el dintel de la puerta, vestido con su brillante uniforme.

Parecia ser un general.

Con efecto, era Belliard.

Detrás de él medio se distinguia una señora.

Hubo un momento de ansiedad, de extraña vacilacion,

durante el cual los prisioneros no sabian darse cuenta de lo que la presencia de Belliard significaba.

Por fin este pronunció un nombre.

Era el de D. Pablo de Montenegro.

No pudiendo comprender á su vez el anciano por qué venian á llamarle á él solo, y un general francés en persona, dió algunos pasos hácia Belliard.

—¿Qué me quiere Vd.?—preguntó.

Belliard se apartó á un lado, dejando ver á Eugenia, que, dominada por una gran emocion, ni aun osaba poner los ojos en su padre.

El general francés respondió:

—Vengo con vuestra hija á poneros en libertad, de órden del gran duque de Berg.

Montenegro retrocedió casi tantos pasos como habia avanzado un momento antes.

Un vértigo singular pareció cruzar por su cabeza.

Por sus ojos pasó una nube.

El noble anciano, el esforzado patriota, el enemigo de los franceses, el padre de aquella hija que aborrecia y que consideraba retirada en un convento, casi no encontró en su mente una razon que le explicase aquella inesperada escena y aquel más inesperado perdon.

Hubo un momento de perplejidad para todos.

El movimiento de repugnancia que habia hecho el anciano al retroceder al fondo de aquella prision, causó muy dolorosos latidos en el ya agitado corazon de Eugenia, y no poca sorpresa al general Belliard.

Los prisioneros contemplaban todo esto en silencio.

El anciano se pasaba repetidas veces sus manos por los ojos, cual si quisiera arrancar de ellos una nube que le impidiera ver.

Por fin Belliard rompió aquel silencio.

—¿No me habeis comprendido, caballero?—preguntó;—venimos yo y vuestra hija á traeros la libertad.

Belliard, por el sentido que dió á sus palabras, se habia equivocado completamente.

Creyó que el anciano era presa de la emocion de alegría que sin duda debiera causarle su inesperada libertad, la vida que le concedian.

Pero si Belliard se habia engañado al interpretar de este modo la actitud de Montenegro, no le sucedió lo mismo á la hija de este.

Conocia de antemano á su padre.

Un frio mortal recorrió el cuerpo de la antigua amante del baron del Pino, que no osó articular una sola palabra.

Presentia lo que iba á pasar.

Montenegro respondió al fin:

—Caballero, tenga Vd. la bondad de retirarse y devolver al general Murat su perdon: le doy por él gracias, pero no le quiero: ¿entiende Vd.? ¡no le quiero!

Y acentuó estas últimas frases con tal energía, que entre los prisioneros se levantó un murmullo de admiracion, mas bien de asombro.

Casi no se atrevian á comprender aquella respuesta en boca de un débil anciano.

Belliard tambien prorumpió en una exclamacion.

—¡Qué dice Vd.!—preguntó.

—Creo haberme expresado bien,—replicó Montenegro;—he dicho que no acepto ese perdon.

—Pero señor Montenegro... vuestra hija...

El anciano le interrumpió haciendo un gesto de terrible impaciencia, en que habia mucho de odio.

—No os molesteis más, caballero, he dicho ya cuanto debía decir; dejadme ahora en paz.

—¡Pero no veis que esto es una locura!—exclamó Belliard mirando alternativamente á aquel hombre extraordinario y á Eugenia, cuyo rostro aparecía más pálido que el de un cadáver.

Montenegro pareció sentir una súbita inspiracion.

Dirigió una rápida mirada sobre sus absortos compañeros, y volviendo á adelantar hácia Belliard:

—Caballero,—dijo,—segun veo, parece que Vd. y el general Murat se interesan por conservarme la vida...

—Es verdad,—respondió Belliard.

—Pues bien, yo os doy gracias por el favor que quereis hacerme, pero lo aceptaré tan solo con una condicion.

—¡Decid!—balbuceó el francés, suspenso de las palabras de aquel anciano, cuya firmeza apenas comprendia.

—¿Ve Vd. á mis compañeros?—dijo el padre de Eugenia señalando con la mano á los prisioneros.

—Sí, respondió Belliard maquinalmente.

—Pues bien,—añadió Montenegro,—si quereis que yo salga de aquí, saldremos todos.

Belliard retrocedió asombrado.

Un murmullo de admiracion salió de entre los prisioneros, que no esperaban semejante salida.

Eugenia, por su parte, prorumpió en un gemido.

Acaso comprendió que la resolucion de su padre era de todo punto irrevocable.

Belliard adelantó unos pasos hácia Montenegro.

—¿No comprendéis,—dijo á media voz,—que eso es de todo punto imposible? ¿Ignorais las determinaciones que ha tomado el gran duque respecto á los prisioneros?

—No, no las ignoro.

—Pues ¿por qué no venís?...

—¡Caballero!—respondió Montenegro con firmeza y alzando cuanto pudo la voz,—podeis retiraros, lo mismo que esa mujer; no saldré de aquí, si no se accede á la condicion que he impuesto.

—Pero os repito que es imposible.

—Y yo vuelvo á decir á Vd. que está perdiendo el tiempo lamentablemente; yo no acostumbro á volverme atrás de lo que digo una vez. ¡Hemos concluido!

Belliard no replicó.

El tono con que Montenegro se habia expresado era de tal modo enérgico, que no daba lugar á réplica.

—Suplíquele Vd., señora,—dijo dirigiéndose á Eugenia. La hija de Montenegro obedeció.

Pero al adelantar hasta el anciano, sus miembros temblaban más y más.

Tenia en el corazon el convencimiento de su impotencia, de la ineficacia de sus ruegos.

Pero la indicacion de Belliard la habia decidido.

En otras condiciones, no hubiera esperado á la insinuacion del general francés.

Sus afectos de hija la habrian obligado á precipitarse en los brazos de su anciano padre.

Pero llevaba en su corazon el recuerdo de sus faltas.

Sus ruegos, en vez de obtener el cariño, iban á despertar la cólera del padre ofendido.

Sabia que el anciano era inexorable.

Al adelantar, pues, hácia él, no se engañaba.

Temia con fundamento lo que iba á pasar.

Pero el deberse alzaba sobre su desconfianza y su temor.

No es dable una situacion tan terrible como la suya.

Por fin llegó cerca del anciano.

Este la vió aproximarse con cierto estupor.

Despues, cuando la sintió cerca, sus ojos brillaron como áscuas con marcada expresion de ira.

Todos los espectadores de esta escena esperaban de ella un desenlace natural, una victoria en el ánimo de Montenegro...

Pero este, con voz bronca:

—¿A qué precio has comprado mi libertad?—preguntó á la desgraciada Eugenia.

—¡Quieres irte, desdichada!—añadió.

Pero Eugenia, en vez de irse, cayó de rodillas.

—¡Padre mio!—murmuraron sus lábios.

El anciano estaba ciego.

Aquella actitud, que á todos habia conmovido, causó en él un efecto contrario.

Una cosa peor aun que el vértigo acabó de anublar su razon, ya turbada.

—¡Vete, miserable, vete!—exclamó.—¡Vete! y mi maldicion te siga!

Y empujó á su hija con el pié.

Una exclamacion de terror sucedió á las últimas palabras del terrible anciano.

Eugenia lanzó un grito, y cayó sobre el suelo desmayada.

Belliard, auxiliado por algunos soldados, la sacó de allí.

D. Pablo de Montenegro se habia obstinado en morir al lado de sus compañeros.

Despues de haber hecho á estos una incompleta y rápida justificacion de su proceder, de victorear á España y maldecir á sus enemigos, volvió á reanudar sus exhortaciones, interrumpidas por un suceso que no esperaba.

CAPITULO XLV.

La pobre María va de una en otra aflicción.

La confusión y el terror crecían.

El pueblo, los pacíficos habitantes de Madrid, y muy particularmente los que por desgracia suya eran vecinos de los puntos en donde la resistencia á los franceses habia sido formidable, tenían sus vidas á merced del capricho, de la perfidia, del rencor, de la feroz venganza á que con desvarío ciego se entregaba el extranjero.

Hemos visto ya tambien cómo á los desventurados é inofensivos transeuntes se les detenía con el más fútil pretexto: un alfiler bastaba á veces para fusilarles en el acto, ó para conducirles á los depósitos, en los cuales ya esperaban la muerte numerosos españoles de todas las condiciones, sexos y edades.

En los cuarteles de San Gil y otros, en el Retiro, en la casa de Correos, en todos estos parages retenia Murat,

destinados á la matanza, muchos desventurados padres é hijos de familia.

Las canas del anciano, el llanto de las débiles mujeres, el severo hábito del sacerdote, nada de esto respetaban aquellos bárbaros, desde que habian visto una afrenta en el valor conque los heróicos hijos de Madrid habian combatido y *vencido* á las orgullosas águilas del invencible y temido imperio.

Sí, *vencido*; porque el caudillo francés, vista la pérdida ocasionada en sus tropas, y que hasta los tiernos niños se habian conducido en la lucha más que como hombres como gigantes, como héroes; cogiendo piedras, cuando no tenian otras armas, y arrojándolas con certera saña contra los enemigos de la independenciam española, temió bien fundadamente que en un pueblo de tal naturaleza, hasta los mismo guijarros de las calles iban á levantarse contra él, cual otros combatientes, y á inaugurarse de este modo una lucha de titanes, en que sus huestes sucumbirian á los persistentes golpes, no de una guerra, sino de una tempestad devastadora.

El duque de Berg y de Cleves sentíase humillado por la derrota, y ni aun á sus mismos generales permitia que le hablasen de la cifra real á que ascendian sus pérdidas.

Por eso sin duda, cuando el *Moniteur* publicó en París la reseña de los sucesos que llevamos mencionados, la cifra de muertos por parte de los franceses la hicieron estos ascender solamente á unos

¡Ochenta entre muertos y heridos!...

Cañonazo hubo tan certeramente disparado por los valerosos artilleros del Parque, en que la metralla barrió *más de cien franceses.*